

# Inti: Revista de literatura hispánica

---

Number 49  
*Foro Escritura y Psicoanálisis*

Article 72

---

1999

## Ínsula raríssima (Insularidad, mitos y democracia en Costa Rica)

Carlos Cortez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Cortez, Carlos (Primavera-Otoño 1999) "Ínsula raríssima (Insularidad, mitos y democracia en Costa Rica)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 49, Article 72.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss49/72>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

ÍNSULA RARÍSSIMA  
(INSULARIDAD, MITOS Y DEMOCRACIA EN COSTA RICA)

Carlos Cortés

*Los ticos son siempre así, más bien calladitos  
pero llenos de sorpresas...*

Julio Cortázar

**L**a más antigua iconografía del “mito” de Costa Rica la encontramos en la representación bucólica de *La Agricultura* del Salón de 1798 y que hoy puede verse en el Museo d’Orsay, en París, y que corresponde a la visión idealizada de la naturaleza de los fisiócratas franceses: un par de bueyes arando la tierra en un paisaje de ensueño.

La fisiocracia y el liberalismo, a finales del siglo XIX, le dieron al naciente Estado-nación costarricense una unidad ideológica, centrada en la igualdad, la utopía agrícola y la propiedad individual, mientras que la riqueza del café le otorgó una unidad económica que había carecido, en 300 años, la provincia más pobre y aislada del Reyno de Guatemala.

Igualdad, utopía, propiedad privada e individualismo han sido los valores sustentadores de la nacionalidad costarricense — vendría a ser algo así como una **nacionalidad imaginaria** —, los cuales han hecho posible ideológicamente la democracia más antigua de Latinoamérica y una de las más estables del mundo. Aún hoy en día, en los años del neoliberalismo **sin adjetivos**, de la decadencia del Estado benefactor y del agotamiento del proyecto histórico del socialismo democrático, Costa Rica sigue ostentando uno de los primeros lugares de desarrollo humano en el Tercer Mundo.

El embrollado laberinto de nuestra especificidad, a veces tan inexplicable para propios como para extraños, ha permitido una mistificación y mitificación de nuestra historia insular: Suiza centroamericana — Graham Greene replicará diciendo: “¡Qué insulto para los suizos!” —, Arcadia tropical, democracia rural, isla de paz, santuario natural, son expresiones míticas que con frecuencia se asocian al nombre de Costa Rica y que se sustentan en una realidad histórica difícil de reducir; en la ignorancia casi total — Centroamérica en general y Costa Rica en particular son marginales en la historiografía americana —; y en la reproducción exterior de nuestro propio aislamiento y ensimismamiento geográfico, histórico, socioeconómico y humano.

También es el resultado de una de las muchas paradojas inadvertidamente desatadas por Colón, quien, en su cuarto y desastroso último viaje bautizó como “la costa rica” a Cariari, el actual Puerto Limón, al ver a unos indios que portaban pectorales de oro fundido. Colón, como lo hizo siempre, imaginó una “costa rica” que, en realidad, ocultaría sus verdaderas riquezas durante casi cuatro siglos. Costa Rica no tuvo ni yacimientos de oro que explotar ni grandes masas de población que repartir en encomiendo y eso, junto con las Nuevas de 1542, hizo que su pacificación se atrasara por medio siglo y fuera la más tardía y frustrada de la región.

La larga guerra de resistencia indígena casi exterminó la población autóctona que 200 años después representaba apenas un 1% del total y que siguió disminuyendo hasta no formar parte, en la actualidad, de la **nacionalidad imaginaria**, y ser la más reducida de toda Latinoamérica. Ya en aquella época, el elemento blanco, español y mestizo, es determinante, y era el fundamento étnico de una sociedad de economía agrícola asentada en la pequeña y mediana posesión de la tierra, debido a la ausencia de mano de obra indígena y a la presencia de propietarios, colonos y campesinos. Este “blanqueamiento” real y simbólico hará que los costarricenses se conciban a sí mismos como “mestizos blancos” o simplemente como “los blancos” de Centroamérica, en un “igualamiento” racial hacia un falso estándar blanco. Pero no se trata, nada más, de una construcción ideológica sino de un lento proceso de apartamiento y separación históricos.

Antes de la llegada de los españoles, Costa Rica realmente nunca fue parte de Mesoamérica — aún se discute si Nicoya estuvo o no dentro del área cultural mexicana — y durante el Reyno de Guatemala estuvo prácticamente desligada de la administración colonial. Más tarde permaneció al margen de la Federación de Centro América; en 1842 fusiló a Morazán, el más importante líder de la unificación; y desde entonces ha sido reacia a cualquier intento de integración. Como es bien sabido, en los años sesenta se incorporó tardíamente al Mercado Común Centroamericano; en los años ochenta intentó mantenerse aislada de la crisis regional hasta la llegada a la presidencia del Dr. Oscar Arias y su plan de pacificación y en los años

noventa se negó a sumarse al Parlamento Centroamericano y a cualquier otra forma de “centroamericanización”.

Al costarricense le cuesta “aceptarse”, verse, contemplarse en el espejo mestizo o mulato de la centroamericanidad. Prefiere la seguridad, sin fisuras ni contrastes, de su espejo oblicuo y personal donde ve de sí mismo lo que quiere ver: la diferencia, la distancia. Es decir, la igualdad entre sí y la separación hacia los otros. La igualdad llevada al extremo — política, económica, social — se convierte en utopía y más tarde en acronfa. Como se ve, la paz es perfectamente asimilable a este esquema ideológico.

Con frecuencia decimos que en Costa Rica “no pasa nada”, que los escándalos “no duran más de cuatro días”, que el costarricense “está domesticado” y que todo se resuelve “a la costarricense”; es decir, consensualmente, sin grandes conflictos aparentes. Ciertamente, nuestra identidad excluyente y exclusiva tolera muy mal las contradicciones, privilegia las convergencias y disimula, disminuye o dispersa la **desigualdad**. Por eso es que el derecho y la política — el gran fracaso latinoamericano desde Simón Bolívar — es básica para la estabilidad del sistema ideológico costarricense y se fundamenta, con frecuencia, en una articulación institucional Estado-nación — sociedad que ha permitido — al menos desde hace cien años — que las pugnas oligárquicas se sublimen en el ejercicio alternativo del poder gubernamental y que la democracia electoral sirva como principio de legitimación del régimen político, ampliando la base social y reduciendo las contradicciones de clase. Tampoco es difícil de entender que, dentro de esta estructura, la educación, que el positivismo identifica inmediatamente con libertad y democracia política, sea también un valor intrínseco fundamental: la educación como igualador social y como elemento racionalizador del consenso y de la estabilidad. “Para qué necesitamos el ejército si tenemos escuelas”, decía irónicamente un expresidente refiriéndose al carácter “domesticado”, ideológicamente consensual, del costarricense.

Como se ve, la igualdad es el valor identitario supremo de la costarricense y su historia no hace sino ofrecer una infraestructura socioeconómica como fundamento real del mito. La imagen fuertemente retenida es la de una nación-utopía “sin clases sociales” y que corresponde a una idealización del siglo XVIII costarricense, denominado por los historiadores tradicionales como el **siglo del labriego**. La herencia colonial de este país será la más liviana, por decirlo así, de toda Centroamérica y, a pesar de las obvias desigualdades sociales que se registran a finales del periodo de dominación española, una sociedad fuertemente cohesionada y sin contradicciones raciales ni étnicas posibilitará el desarrollo de un capitalismo temprano. Ya para mediados del siglo pasado, se exportaba alrededor de 100.000 quintales de café y este cultivo se convierte en el principio estructurador de la economía y de la sociedad costarricenses.

Si el tiempo de la utopía costarricense es el siglo XVIII-XIX, nuestra “edad de oro” ideal, el espacio es la meseta central. El Valle Central costarricense, donde se desarrolló la civilización del café que permitió la integración del país a la economía mundial y donde aún hoy en día se localiza la mitad de la población, es prácticamente la única cuenta alta de suficiente dimensión y elevación en Centroamérica, por lo que ofrecía unas condiciones óptimas de colonización. Al momento de la Independencia, en 1821, la densidad demográfica era de 1,2 habitantes por km y la población era de 63.000 personas, la cual vivía en pequeños pueblos de Valle Central y ocupaba apenas un 5% del territorio total de la nación.

Este reducido espacio se convirtió en el **cronotopo idílico** por excelencia para la identidad costarricense: un valle con características simbólicamente arcádicas y utópicas, un lugar cercado y rodeado — en este caso por montañas — tal y como lo quería Platón, aislado e inaccesible; la utopía natural de la que hablaban los fisiócratas; la Atlántida caribeña, el falansterio tropical, el Shangri-La tercermundista; ínsula en medio de la selva; en una imagen de aislamiento interior, con respecto a su propio territorio aún no “realizado”, a Centroamérica y a la propia identidad.

Míticamente, al menos, Costa Rica sigue siendo el Valle Central. Esa disociación interna explica la imposibilidad ideológica de verse como parte del Caribe o como una “república bananera”, a pesar de que la novela emblemática de la literatura bananera sea costarricense: *Mamita Yunai* (1941) de Carlos Luis Fallas, a quien Neruda llamó “el Gorki de América” y alabó en el *Canto general*. El Atlántico, como ocurre en el resto de los países centroamericanos — lo que explica históricamente la existencia de Belice —, jamás se ha integrado del todo a nuestra nacionalidad, entre otras cosas por el racismo, individualismo e identidad exclusivista del costarricense. No es sorprendente entonces que los **grandes mitos fundadores** de la costarricense sean mitos de mestizaje y de integración: la madre simbólica, la patrona de Costa Rica, la Virgen de los Angeles, es negra, y su culto se extendió de los cholos, indios y mestizos en el siglo XVII a los españoles y criollos en el siglo XVIII. *El Soldado Juan*, el “soldado conocido” de la **guerra de fundación** de Centroamérica (1856-1957) contra los filibusteros de William Walker, es un mulato bastardo, Juan Santamaría, entronizado a finales del siglo XIX como **héroe nacional**.

La nacionalidad costarricense cultiva una extraña mezcla entre la ideología del aislamiento y de la diferencia y la mitología social e institucional del consenso y la concordia. Todos nuestros mitos — desde la supuesta conquista pacífica en el siglo XVI y el **buen conquistador**, pasando por el de la **democracia rural**, la **Arcadiatropical** y la **utopía agrícola** o los más recientes de la **democracia centenaria** y el **país de la paz** mantienen intacta su raíz ideológica en la igualdad y son el soporte simbólico de una democracia

que intenta explicarse a sí misma en la pluralidad a pesar de la exclusividad y en la paz por encima del conflicto.

En esta **insulararissima**, en la que el espejo simbólico — la desacreditada **mimesis** de Lukács — no admite astillas ni roturas ni nubecillas, es comprensible que tengamos una literatura y un arte íntimos, casi secretos, de tono menor. No es casualidad, tampoco, el interés creciente por el psicoanálisis. Dice Carlos Fuentes que “los mexicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas y los argentinos descienden de los barcos”. ¿De dónde descienden los costarricenses? La costarriqueñidad es una construcción histórica llena de artificios, donde la política y las instituciones de mediación y socialización de sentido — la familia, la educación, la religión, la prensa — y no de represión son esenciales. Pero esto nos produce una definición cultural muy escasa. Puente, istmo, “entre continentes, entre mares”, entre potencias, ya sean políticas, económicas o incluso culturales; para quienes quisieron saltar el tenso y casi incestuoso cerco de hierba de la meseta central no hubo más remedio que hacerlo simbólica y físicamente: el gran escultor Francisco Zúñiga y Chabela Vargas, por poner dos ejemplos de “grandes artistas mexicanos”, son costarricenses que no soportaron ser **esclavos de la igualdad** y rompieron el silencio y el consenso. El gran arte universal sólo nace en la crisis y en el conflicto. Nuestro arte es todo lo contrario: una filigrana de pequeñeces, de detalles íntimos, de innumerables miserias o hazañas insignificantes de solipcismo. Ya lo decía en 1946 el escritor Fabián Dobles desde el título de una de sus novelas más conocidas, *Una burbuja en el limbo*, al comentar la ausencia de **sentido de la tragedia** en el ser costarricense: “Porque el hallazgo artístico — ese algo indefinible que no nos ha sido dado y que sólo nosotros podemos hacer, convirtiéndonos en dioses — únicamente se vislumbra cuando el Infierno entra en nosotros, hiriéndonos... Y ustedes, hasta ahora, habitaron en la niebla apacible que está antes que él”.

El cerco de hierba o de adobe — que viene del árabe y que significa a la vez ladrillo y cerrojo — ha sido apenas corticado por la heterodoxia, a veces tímida, a veces intolerable para nuestro **espejo de paciencia**. No es azarosa la trascendencia de la literatura escrita por mujeres en toda nuestra historia. José León Sánchez, estigmatizado durante décadas por un crimen de adolescencia relacionado con el robo de **la imagen** de la Virgen de los Angeles — nuestra propia imagen —, es en la actualidad el novelista más importante y su mejor obra es *Tenochtitlán* (1987), una crónica de la caída del Imperio azteca. Una mujer, Tatiana Lobo, publica en 1992 *Asalto al paraíso*, una gran novela histórica sobre la insurrección boruca de Talamanca, en 1710; un hecho prácticamente soslayado por **la historia oficial**. Ambos, al igual que Zúñiga o la Vargas, se han **refugiado** en la tradición mesoamericana para resolver **la indefinición cultural** en que se debate la

costarriqueñidad: ínsula, utopía, istmo entre el norte y el sur, entre la meseta nubosa y el Caribe explosivo, entre el mar turbulento y la montaña secreta, la pasión y el misterio, extraversión e intramuros.

Costa Rica sigue viviendo en el **eterno presente** de su **democracia natural**; la cual, por un lado, asegura **la continuidad, la igualdad, la estabilidad** política e institucional — como valores esenciales de una democracia real —; pero que, por el otro, nos hace naufragar en una intemporalidad que impide la necesaria confrontación con el presente y la construcción posible del futuro histórico.

¿Nunca pasa nada en esta **isla del día de siempre**? Los cambios en nuestro **eterno presente** son tan sutiles como la efímera primavera que por unos días vive el valle central después de las lluvias de mayo, al final de la estación verde: una primavera bajo tierra. Para descubrirla hay que meter la mano en la tierra caliente y sentir su repentino florecimiento y redención interior.